

da os inquieta; porque no temeis las desgracias, porque estais seguro de hallar en ellas el socorro de vuestras ilusiones: vuestros consuelos son falsos, son fingidos; pero al fin son consuelos.

Yo con mayor luz, con conocimientos mas exentos de error, no puedo hallar mas que furor y despechos. Yo soy el mas infeliz de los hombres, y lo peor es que no puedo hallar en mi corazon remedio contra lo que sufro y lo que me amenaza. Yo quisiera ser ignorante y crédulo: yo envidio ahora vuestra simplicidad; pero todas mis luces, todas mis costumbres, todas mis experiencias se resisten. Mi corrupcion es inveterada y profunda, los vicios no me han dejado nada sano, han penetrado hasta la médula de mis huesos, y siento que todos estan circulando en mis venas con mi sangre.

Diciendo estas palabras, sin interrumpirme un instante, mis sollozos se precipitaban, y extinguieron mi aliento. Cansado de aquel esfuerzo no sé cómo mi cabeza se recostó sobre el pecho de aquel ángel; pero ¿cuál fué la dulzura y consuelo que recibí, cuando me apercibí de que sus manos puras me estrechaban contra su inocente y caritativo corazon, cuando sentí caer sobre mi frente lágrimas dulces y amorosas de sus tiernos ojos, y cuando ví que el dulce llanto del justo se confundia con el llanto amargo de un miserable! Los dos quedamos largo tiempo inmóviles en esta

postura. Y tú, Dios eterno, tú que dabas tan diferente impulso á nuestras almas, tú mirabas desde tu alto trono este abrazo en que te complacian las virtudes del santo, y empezaban las esperanzas del inicuo; tú mirabas este espectáculo obscuro como mas digno de la admiracion de los ángeles y de los hombres, que cuantos celebra la vanidad de las historias de los reyes; tú bendecias estas primicias del triunfo que preparaba tu misericordia contra la dureza y malicia de mi corazon.

Teodoro, las lágrimas me sofocan, el recuerdo de esta tierna y patética escena me enternece de nuevo, y me derrite en llanto; necesito de algun descanso, y reservo lo demas para la carta que seguirá á esta. A Dios, amigo mio.

CARTA III.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ántes que continúe la relacion que dejé pendiente, debo decirte, que hasta entónces mi nuevo y oficioso amigo no se habia presentado á mi espíritu, sino como un hombre

de buen juicio, de candor y de benevolencia, pero simple y de carácter sencillo. No había visto en él nada que le pudiese recomendar particularmente; pero al instante que se separó de mis brazos, me pareció que su semblante se había revestido de una expresión más animada, y á pesar del tedio con que miraba á todos los de su especie, me inspiró una idea tan noble de su persona, que se acercaba al respeto.

Mirándome con ojos en quienes brillaba mucha alegría, extendió su mano sobre mí, y con voz llena de júbilo me dijo: El dedo de Dios está aquí. Después se sienta á mi lado, y con tono blando me añadió: El que gobierna la naturaleza conduce todos los sucesos con medios invisibles, y pues os ha traído aquí, no será en vano. Al instante comprendí que el buen hombre se había figurado que yo era una de aquellas ovejas que ellos llaman perdidas, y que él era el pastor destinado á conducirme al rebaño. En efecto, empezó á decirme muchas cosas, que no puedo repetir, porque las escuché sin atención y sin pensar más que en el modo de desembarazarme de un hombre capaz de una pretensión tan ridícula.

Sabia ya que los eclesiásticos y religiosos miran como una particular gloria el hacer conversiones, y no dudé que este buen varón quería honrarse con la mía. Entonces sentí más mi desgracia de haber caído en aquella casa. Pero á

pesar de esta prevención, y del fastidio que me causaban sus discursos, no podía dejar de reírme, admirando su simplicidad y el tono de confianza y persuasión con que me hablaba: me sorprendían también la elocuencia y la facilidad con que me embanataba los argumentos que ellos tienen preparados para cuando se les presentan las ocasiones de su oficio; en fin, prevé que el cándido y moderno apóstol me molestaría mucho con su importunidad.

Para cortar de raíz sus esperanzas, me determiné á hablarle con claridad y desengañarle prontamente. Me pareció que si me oía hablar con la instrucción y conocimientos con que me era fácil explicarme, el buen hombre no sería tan mentecato que persistiese en su ridículo empeño; que conocería al instante que yo no era de aquellos crédulos que se dejan alucinar con raciocinios frívolos; que al contrario, el pobre iluso se vería muy apretado para desembarazarse de mis reflexiones, y no me pareció imposible que el convertidor fuese el convertido. Así, dejándole hablar mientras yo hacía entre mí estos cálculos, en un momento en que me hablaba de la religión y de la misericordia divina, le interrumpí y le dije: ¡Ah padre! ¡qué bueno sería todo eso si fuera cierto! ¡pero qué lejos de la verdad están los hombres! Cada uno piensa haberla hallado, y quizá todos se engañan. La mayor parte cree lo que

se le ha enseñado en la niñez, y como despues se les ha radicado esta opinion con los ejemplos, con las costumbres y con el trato de aquellos con quienes viven, poco á poco se forma cada cual una creencia, que no es ya posible alterar, porque desde entónces ni se disputa ni se duda. Como por otra parte la sola duda es un delito que merece castigos eternos, ve aquí al hombre tímido y miserable enlazado con cadenas indisolubles.

La opinion que se formó en su infancia con la autoridad de sus mayores, se refuerza con el terror que hace delincuente hasta el exámen; y esta es la razon por qué tantos ingenios, tan ilustrados en otras cosas, muestran en la religion una credulidad tan insensata. Ve aquí por qué hombres ilustres que han parecido y eran sabios en otras ciencias, en asuntos de creencia fueron siempre niños.

¡Qué mucho, pues, que pueblos enteros poco instruidos y ménos propios para el exámen de objetos tan oscuros y complicados, vivan siempre en la creencia que encontraron! Pera sacudir ilusiones nacidas en la infancia y sostenidas por el ejemplo comun, es menester un espíritu de órden superior, un ingenio elevado, que junte con la extension de las luces la fuerza y el valor de un carácter generoso: es menester tambien que viva en un gobierno que no sea fanático, porque cuan-

do la autoridad persigue la libertad de la razon, no hay quien quiera ser mártir, ni exponer el reposo de su vida en sacrificio de la verdad.

Así es necesaria la reunion de muchas circunstancias dificiles para que se forme un filósofo; y ve aquí por qué son tan raros. Pero los pocos que han venido al mundo, ¿cuántos bienes han hecho á la humanidad? Ahora es cuando su número se multiplica; y si, como es de esperar, sus luces se propagan, ¿cuántos pueden hacer en adelante? Sacarán á los hombres de su eterna niñez; no se verán tantos ancianos con los terrores ridículos de la infancia; gozarán sin temor de los presentes que les hace la naturaleza; gozarán de la vida sin amargarla con el espantoso aspecto de otra vida futura; en fin, vivirán con las reglas que la razon les inspira.

En cuanto á mí, yo no he aprendido á creer; lo que mas he sabido es dudar, y es imposible persuadirme lo que repugna á mi razon. Muchos dicen que no hay Dios: yo sé que en rigor no está demostrada esta verdad, y que hay varias razones filosóficas para dudar de su existencia: con todo eso me persuado que hay una causa primera que lo ha criado todo. Esta opinion me parece mas natural y mas conforme á mi razon, porque no puedo imaginar que este grande universo que se presenta á mis ojos no haya sido hecho por alguno. No concibo obra sin obrero ni efecto sin

causa; pero supuesta esta verdad, que basta para explicar todo el mundo físico y moral, todo el reino de la naturaleza y de los espíritus, lo demás es inútil, y no puede tener otro origen que la imaginación y el artificio de los hombres.

Esta verdad basta también para hacerme conocer que pues me ha criado debo adorarle; que debo vivir con las reglas que me inspira la razón que me ha dado, grabando en mi corazón amor á la virtud, y aborrecimiento al vicio. De aquí puedo inferir que no muero todo cuando mi vida acaba, pues no puede darme estas nociones sino para darme idea de sus recompensas y castigos; pero cuáles sean estos yo lo ignoro: puede ser que los sepa algún día. Entre tanto lo que debo pensar es, que siendo como no puede dejar de ser, un Dios infinito y grande, será piadoso; que habiendo hecho al hombre tan débil, no puede castigarle con rigor inflexible y eterno; en fin, que pues es soberanamente bueno, debe tratarnos con bondad. Hasta aquí puedo llegar con mi razón, y mas allá no puede haber mas que ilusiones imaginarias. Todos los que dicen mas de lo que puede enseñarles esta luz natural, ó estan engañados ó son impostores. Bien sé, padre, que no son estas vuestras opiniones: vuestro trage, vuestra conducta y vuestro estilo me lo manifiestan. Vos me habláis de un Dios elemento con algunos y eternamente severo con otros, y Dios jamas puede ser

ni inexorable ni inflexible. Vos me habláis de su hijo Jesucristo, y Dios no es de carne para que pueda tener hijos. Vos decís que este Jesus es un mediador, y Dios no necesita de mediadores para gobernar y perdonar á los hombres. Vos creéis misterios incomprensibles, porque pensáis que Dios los ha revelado, y Dios no puede hablar para que ninguno le comprenda. Vos creéis cosas contradictorias, y el Autor de la verdad no se puede esconder entre las mentiras. En fin, vos seguís el sistema que aprendisteis en la niñez, y que siguen con vos todos los que viven en esta casa. No lo extraño. Las ideas primeras forman en el alma fuertes impresiones, que es imposible borrar cuando las radican los ejemplos. Vos os creéis dichoso, porque sufriendo muchas austeridades, esperáis una gloria interminable. Yo no me opongo; no pretendo quitaros una idea que os consuela: no os opongais tampoco á que yo siga el impulso que me da el Autor de la naturaleza, y quedémos como estamos. Vos no seriais feliz con mis ideas, y yo seria muy desdichado con las vuestras.

Lo único que no puedo comprender es, que si existe ese Dios que adorais, y si él gobierna vuestras acciones y palabras, ¿cómo es posible que os deje sumergido en esas opiniones tan supersticiosas, que degradan al hombre de su excelencia y dignidad, al mismo tiempo que os reparte un es-

píritu de caridad tan activo y generoso, que retrata con fidelidad al suyo! Sí, respetable bienhechor, yo veo mas á Dios en vuestras obras que en vuestros discursos. Si en estos veo obscurecida la luz natural con que se dirige la razon, en vuestras acciones y beneficencia veo los sentimientos magnánimos y paternales con que me figuro á la Divinidad. Vos me habeis conservado la vida, y me habeis tratado con todos los esmeros de una amistad antigua y merecida: pueda la suerte presentarme la ocasion de mostraros mi gratitud; y pues me hallo mejor, permitid que me disponga á partir mañana.

El venerable varon escuchó este discurso tan insensato y ridículo sin levantar los ojos del suelo y sin dar la menor señal de extrañeza ó impaciencia. Me pareció que ántes de responderme levantó los ojos al cielo, y despues volviéndose á mí con rostro apacible y risueño, me dijo: La verdad, señor, no viene de los hombres, su luz viene del cielo; Dios la muestra ó la esconde segun los designios de su adorable providencia. ¿Cuánto tiempo estuvo oculta á muchos de aquellos que despues la vieron con mayor claridad? ¿Cuántos no la han visto sino tarde? Su misericordia tiene señalados los momentos, y yo espero que no os ha conducido á esta casa sin designio.

¶ Pero dadme licencia para que os haga una pregunta: ¿Este sistema que acabais de manifestar.

me, y que me parece el deismo, hoy tan seguido por los nuevos filósofos, es una resulta de vuestra conviccion y de vuestro estudio? ¿Habeis examinado esta materia á fondo? ¿Habeis pesado bien las razones y fundamentos en que apoyan los cristianos su creencia, y por haberlos juzgados fútiles ó mal probados, habeis venido al deismo y á la religion natural?

Esta pregunta no dejó de embarazarme; pero le respondí: A la verdad yo no he hecho un exámen serio y seguido de la religion, esto que se llama un estudio laborioso y continuo. En el mundo no es fácil dedicar el tiempo á tan ingrata ocupacion, que por otra parte no me parece necesaria. Poca reflexion basta para conocer la flaqueza de lo que no tiene fundamento sólido: una tela de araña por sí misma manifiesta su débil estructura; pero si yo no he hecho este exámen que os parece necesario, otros le han hecho, y estos son los filósofos. Ellos han estudiado la religion, han visto su flaqueza, y nos la demuestran en sus libros: y para decir la verdad, aunque yo no haya emprendido este estudio seriamente, no por eso he dejado de ser amante de la lectura.

Desde mi niñez no ha habido libro de alguna reputacion que no haya leído; sobre todo los de los filósofos, en que renovaba mis impresiones y adquiria todos los dias nuevos desengaños. Os puedo asegurar que siempre he cultivado mi es-

píritu en todo lo que se llama instruccion, literatura y filosofia; y me parece que cuando se ha nacido con un espíritu justo, y se tienen á la mano los materiales que los filósofos han preparado, se está en estado de juzgar con rectitud. El padre me respondió sin alterar su voz:

Es difícil y peligroso en materias de esta importancia fiarse en las luces ó en la buena fe de otros. Pero despues de todo, para proceder con imparcialidad, seria ménester por lo ménos leer tambien los libros que se escribian contra los filósofos y en defensa de la religion. ¿Habeis, pues, leído los que Bergier y otros muchos han escrito contra Voltaire, Rouseau y los demas filósofos de nuestros dias?

Estos libros, le dije yo, no llegaban á nuestra noticia; escritos por hombres retirados, que no eran conocidos en el mundo, apénas salian del círculo estrecho de los devotos; y si por acaso llegaba á nosotros la noticia, se nos decia que era un libro pesado, lleno de discusiones y citas, que no estaba escrito con espíritu, gentileza ó gracias; en una palabra, que era muy docto, pero que no era divertido: con esto no nos tomábamos el trabajo de leerle, y no me acuerdo de haber leído ninguno.

Pero, señor, me replicó el padre, para poder juzgar con imparcialidad, era indispensable leerlos. Yo los he leído muchas veces, y me acuer-

do de haber visto que en ellos no solo se respondia victoriosamente á las mas especiosas objeciones de los corifeos de la irreligion, sino que tambien se les convencia de malignidad, de falsedad y de mala fe. Está demostrado que Rouseau, uno de los mas célebres, no tuvo ideas fijas, y que á cada paso incurre en contradicciones manifiestas. A Voltaire, el caudillo de todos, se le ha probado la pasion encarnizada, el odio injusto con que por perseguir la religion, abusando de la poca instruccion de la mayor parte de sus lectores, usa de los medios mas indignos de un corazon honrado; pues alteraba los hechos, falsificaba los textos, fingia doctrinas para combatir las, y mentia hasta con la misma verdad, pues con su ingenio satírico y chocarrero la daba un falso colorido ó la cubria con un barniz ridículo. Caballero, si una parte de esto fuera cierto, estos hombres fueran muy malas guias para dejarse conducir por ellos en asuntos de tan alta importancia.

Yo le respondí: Bien sé que dicen eso sus enemigos ó los ilusos y supersticiosos; pero ¿quién puede imaginar que hombres de tan superior ingenio, los primeros de su siglo y la gloria y honor del espíritu humano, sean capaces de ignorancias y contradicciones que apénas pueden caber en los mas ordinarios? Así yo he mirado siempre estas invectivas como calumnias de los devotos.

Pero era muy fácil desengañarse, dijo el pa-

dre, porque esto no consiste sino en hechos y con poco trabajo, que se reduce á examinar. . . . ¿Qué necesidad, interrumpí yo, hay de ese trabajo? ¿Quién puede dudar que los citados y otros de su especie han sido los mas hábiles y sabios de sus respectivos siglos? ¿Cómo, pues, se les podia esconder lo que sabian esos escritores oscuros y cubiertos con el polvo de sus escuelas? ¿Podeis imaginar que esos defensores de la religion la conocian mejor que un Voltaire y que un Rousseau?

El padre me respondió modestamente: Yo creo que sí: puede ser que en todos los otros objetos fuesen ménos instruidos; pero en materias de religion las entendian mejor, porque las estudiaban mas. Seria muy extraño, volví á decirle, que esos clérigos y frailes, que no han aprendido en sus frívolas escuelas mas que á torcer la rectitud natural del juicio, supiesen mejor la doctrina cristiana y el catecismo que los mas descollados ingenios del universo. Yo dije estas palabras con tan viva emocion, que el padre lo advirtió, y añadiendo mas dulzura á su gesto y mas blandura á su voz, me dijo:

No niego, señor, que el cielo diese á esos hombres y á otros de su especie muchos talentos, que los han hecho eminentes en la literatura y las ciencias: sus obras lo acreditan; yo he leído muchas con placer y admiracion; ademas los he conocido personalmente, he tratado mucho con los

mas de ellos, principalmente con Rousseau y Voltaire; pero tanto por la lectura de sus libros, como por lo que he oido en sus discursos y en sus conversaciones, llegué á formar juicio de que (no sé si me atreva á decirlo) los puntos de religion eran los que trataban con ménos instruccion y superioridad. No hay mas que leer sus argumentos contra la religion, y ellos mismos manifiestan á las claras que no la conocian.

No es extraño. Los hombres son limitados, no pueden saberlo todo, y es natural que sepan ménos lo que descuidan mas. Si me atreviera á declararos mi pensamiento, os diria que cuando esos ingenios elevados hablaban ó escribian en asunto de su inteligencia, tanto en prosa como en verso, encantaban, arrebatában, admiraban, y era preciso reconocerlos como prodigios de elocuencia, de talento y de gusto; pero que cuando se introducen á hablar de religion, el cristiano ménos instruido los halla muy superficiales.

Yo hice un extraño é involuntario movimiento sorprendido de ver tratar así á unos hombres que veneraba por los mas sobresalientes, y sentí un desquite interior; pero conteniendo mi viveza con mi gratitud y con el respeto que me inspiraba aquel hombre, me contenté con decirle: ¿Pues qué tanto tiene que saber un catecismo, que los mayores de los hombres no hayan podido aprenderle? Vos sois, padre, el primero que los halla